

# DESEQUILIBRIO Y POLEMICA DE LOS PROTAGONISMOS EN LA POSTGUERRA

(ANTES Y DESPUES DE LA BERMUDAS)

En mi libro, actualmente en prensa en San Paulo, sobre *Problemas que plantea la alteración del equilibrio político en el mundo posbélico*, se dedica la integridad del capítulo VI al estudio de un problema así enunciado: "Polémica de las iniciativas. Revisionismo y Conformismo". El título da a entender claramente cuál es la esencia del problema analizado, cuya enunciación esquemática es posible si recurrimos al empleo de términos náuticos. En tal sentido podría formularse la siguiente pregunta: "¿Quién remolca a quién? ¿Actúa como elemento propulsor de la política internacional postbélica la U.R.S.S.? Si se contesta afirmativamente, otra interrogante se interpone en nuestro camino dialéctico: esa primacía rusa, ¿debe inscribirse en el haber de la astucia polémica soviética, o achacarse a la preexistencia de circunstancias que favorecerían a la U. R. S. S., o atribuirse a la sorprendente miopía de los Estados Unidos? Así, de pregunta en pregunta, quienes las formulaban sucesivamente, acaso sin percatarse de ello, aceptaban como afortunada una versión a tenor de la cual todo el problema posbélico se vincula a la personalización del protagonismo en política internacional. A tal conclusión llegaban Roosevelt, primero, y Truman, después, todo ello a lo largo de un proceso dialéctico complicado y sorprendente. Uno y otro presidente parecían aquiescer, como portadores de una extraña resignación, a la irremediabilidad del protagonismo soviético, que no negaban, limitándose a lograr su condicionamiento y respaldándolo de modo indirecto a través de la política de apaciguamiento. Fué más tarde, con perceptible retraso, cuando Truman tornó la espalda a la denominada política internacional de las complacencias, intentando su remplazo por otros medios más alejados del conformismo inicial postbélico. Es así como fueron ofreciéndose normas de acción y sistemas de recambio, cuyo empleo sucesivo evidenciaba de modo, no por indirecto menos cierto, la ineficacia

de los sucedáneos. Ahora, el presidente Eisenhower, como tendremos ocasión de comprobar en otro punto de este trabajo, parece mostrarse optimista, apoyando su confianza en la consideración de que, al fin, los Estados Unidos han recuperado aquella iniciativa, que se les había ido de las manos, a partir de 1945. Es así como se generó lo que pudiéramos denominar sistema obsesivo de las iniciativas, y de tal modo prendió en el ánimo de los dirigentes norteamericanos esa idea fija, que el problema de la iniciativa fué elevado a la condición de elemento decisorio de la política internacional posbélica. La cuestión, así planteada, conducía a los apologistas del citado sistema hermenéutico por el peligroso camino del nominalismo, ya que de poco serviría alcanzar el rescate de la sedicente iniciativa, si previamente no se lograba asignar una significación concreta, en lo que atañe a determinar el contenido sustancial del mencionado término. En realidad, lo que estaba en tela de juicio no era otra cosa que lo siguiente: eficacia o ineficacia de los términos puestos en acción para encarnar el protagonismo en política internacional, y, situados ante ese problema, los intérpretes diferían en sus respectivas versiones de modo sustancial. Aludir a alguna de esas diversas exégesis, puede situarnos en condiciones de penetrar en las esencias del problema debatido.

Se alegaba, ante todo, que el pleito de las iniciativas encerraba una significación aritmética, y a este propósito se aducía que la guerra de 1939 a 1945 había engendrado un preocupante desequilibrio de fuerzas, alteración consumada en beneficio de Rusia: de resultar cierta la anterior versión, las consecuencias saltaban a la vista: Norteamérica, si aspiraba a reconquistar su enajenada preeminencia, debía ante todo trabajar por el acrecentamiento de su poder y, como tarea complementaria, reforzar los elementos defensivos de otros Estados, considerados como presuntos colaboradores. De cómo se puede alcanzar tal finalidad nos hablará Robert A. Taft, en líneas que el lector encontrará sustancialmente reflejadas en páginas subsiguientes. A nosotros nos interesa tan sólo valorar lo que hay de consistencia en la denominada interpretación aritmética citada, y en este sentido parece oportuno referirse seguidamente a determinadas consideraciones, no carentes de relevancia, a nuestro entender.

Si nos encontramos situados frente a un específico problema, consistente en determinar lo que puede haber de equilibrio o desequilibrio entre dos fuerzas que se dicen antitéticas, tal medida, eminentemente cuantitativa, nos colocaría en situación de peligroso marginalismo, respecto de la

cuestión planteada. Hay algo más que un puro problema de relación de fuerzas, y ello se captará fácilmente con sólo formular unas cuantas advertencias. Ante todo, debemos diferenciar lo que es fruto de una cooperación, producto de aquiescencia de voluntades, de la acción que se planea basada en un sistema monolítico, impuesto de tal modo que excluye toda posibilidad, no ya de secesión, sino incluso de mero disenso, que, apenas iniciado, será implacablemente yugulado en el seno de la mastodónica autarcía rusa. Además, si el problema de la política internacional posbélica se deseca hasta el extremo de reducirlo a una específica cuestión de equilibrio de fuerzas en presencia, fallará todo lo que puede ser aglutinante del mundo libre, a saber, alinearse en un frente polémico, a lo largo del cual se respetan y practican los derechos fundamentales de la persona humana. Ello representaría un fortalecimiento de la tesis neutralista europea, ansiosa de liberarse de las consecuencias de un dilema que estima no sólo aparente, sino incluso indemostrable.

A las precedentes consideraciones es dable agregar otras que pueden actuar como factores de robustecimiento de la precedente versión. Si de lo que se trata (y así se afirma con notoria y evidente reiteración) es de alcanzar la ventaja que supondría el vincular a Occidente la iniciativa, ello no podría alcanzarse tan sólo salpicando de sorpresas la acción de una u otra potencia; es preciso que quien se anticipa en el ademán, no sólo actúe como madrugador en el orden del tiempo, sino como afortunado portador de una tangible prioridad y superioridad dialéctica. Rusia, a este propósito, ha manipulado un artilugio que estimamos condenable, pero que no ha dejado de impresionar a las grandes masas, y frente a esta tarea mastodónica de proselitismo y captación, Norteamérica no ha esgrimido un arma de contenido político-social, portadora de posibles efectos, neutralizantes primero, y superadores después. El puro anticomunismo es un ademán negativo que no parece ideado para lograr suma de adeptos. He ahí por qué motivo Rusia, desde los ya alejados pero repercutientes días de Teherán y Yalta, supo extraer provecho de la situación; no disponía entonces de elementos de poder (muy inferiores a la sazón a los de Norteamérica), a pesar de lo cual logró imponer una tesis que trabajaba en exclusivo beneficio de la U. R. S. S. Quien más acertadamente se refirió a este aspecto decisivo del problema fué Robert A. Taft; por ello nos parece imprescindible una alusión a la tesis del fallecido senador, cuya irreparable desaparición de la escena política no significa que lo sustancial de la tesis respaldada se haya

desactualizado. Taft, que era portador de una detonante fórmula, integrada a la vez por ingredientes aislacionistas e internacionalistas, supo dejar prendidas sus orientaciones no sólo en un poderoso sector del partido republicano, sino en medios norteamericanos de difícil catalogación política, pero cuyo peso se proyecta visiblemente cuando los Estados Unidos se encuentran ante el trance de reaccionar respecto de problemas internacionales de perceptible envergadura.

## 2. *Robert A. Taft y su interpretación de la política internacional norteamericana. Análisis y crítica de la citada versión.*

Cuando en los Estados Unidos se consideraba como descontado que de la Convención de Chicago saldría proclamado Robert A. Taft como candidato republicano a las elecciones presidenciales de 1952, el que en vida era denominado "Mister Republican" consideró oportuno ultimar la captación de sus presuntos electores, ofreciéndoles una versión, esquemática y rotunda a la vez, de lo que Taft consideraba como auténtica política internacional norteamericana. A tal objeto, nos legó un libro, prácticamente póstumo, titulado *A Foreign Policy for Americans* (Doubleday and Company, Inc. New York, 1952, 127 páginas). Después la sucesión de los hechos dejó malparados a los "galluppistas", y Taft fué desplazado por Eisenhower en la Convención de Chicago, y tal reemplazo sorprendente despojó de significación oficiosa a las citadas páginas de Robert A. Taft, las cuales, ello no obstante, conservan todo lo que podían encerrar de valor sustancial. Como es previsible, Taft, a lo largo de las campañas electorales, ha pugnado por evidenciar hasta qué extremo la administración demócrata, con instrumentos adecuados de poder, por miopía o por obcecación, no sólo asistió al malogro del protagonismo norteamericano, sino que permitió su captación por parte de la U. R. S. S. A tal fin, Taft nos ofrece un balance breve e impresionante a la vez. ¿Cuál era el panorama del mundo cuando Truman se aposentó como huésped de la Casa Blanca, según Taft? La Unión Soviética se encontraba exhausta; parte de su industria pesada, destruída; no poseía la bomba atómica, ni disponía de bombarderos de gran radio de acción, ni de marina; su influencia en el Este europeo era desdeñable: China figuraba entonces como aliada de los Estados Unidos, y los comunistas chinos sólo controlaban una pequeña área. En contraste, Tru-

man era titular de un poderío que jamás un hombre de Estado tuviera a su disposición; los Estados Unidos disponían de efectivos aéreos incalculables; la flota norteamericana acumulaba más poder que el conjuntado por las restantes escuadras del mundo; la industria norteamericana, no sólo intacta, sino fortalecida, era la más poderosa de la tierra; disfrutaban los Estados Unidos del monopolio de la bomba atómica, todo lo cual, según Taft, permitía a Norteamérica construir un mundo libre y pacífico; ¿cómo, seis años después, se alteraron los términos de esa relación de fuerzas? Taft nos dirá: Rusia dispone hoy de la bomba atómica y de aviones de amplio alcance, capaces de lanzar esa terrible arma de destrucción sobre ciudades norteamericanas; cuenta Rusia con 165 divisiones, a las cuales es preciso agregar otras 60, distribuidas en los Estados satelitizados, aparte de tres millones de hombres armados y encuadrados en Asia; tiene 50.000 tanques y 15.000 aparatos de aviación táctica; sus cómplices indochinos inmovilizan lo mejor del ejército francés; sus guerrillas mantienen la inquietud en Malasia; practica un férreo control sobre los Estados contiguos o próximos. Para hacer frente a las 225 divisiones de que dispone Stalin (recordemos que Taft escribe cuando aún no había fallecido el autócrata ruso), el mundo libre sólo puede oponer 50 divisiones; la propaganda soviética de guerra psicológica ha captado la cuarta y la tercera parte de los ciudadanos franceses e italianos; en 1941, Stalin ejercía dominio sobre 180 millones de súbditos; en 1951, su proyección alcanza a 800 millones.

La deducción de lo que precede parece evidente: ha fallado estrepitosa y sorprendentemente la política exterior norteamericana. Ahora bien, ¿qué entiende Taft por política exterior? Conviene ponerlo de manifiesto. Para Taft, el fin primordial de la política exterior norteamericana es el defender la libertad de los Estados Unidos, y sólo en segundo plano el mantenimiento de la paz. Desde los tiempos de Washington, la política exterior norteamericana ha sido la denominada *policy of the free hand*, esto es, tendencia opuesta a concluir alianzas que pudieran un día complicar a los Estados Unidos en una acción militar. Taft considera que esas normas tradicionales deben ser reemplazadas por el sistema de la seguridad colectiva; pero todo sin que esa propugnada cooperación, por las cargas tributarias que pueda implicar, ponga en peligro la estabilidad y la libertad de los Estados Unidos. Se afirma —escribía Taft— que si no elevamos el nivel de vida de los pueblos atrasados, éstos se inscribirán en el comunismo. Frente a cuya tesis alega Taft que el comunismo ha echado más raíces en Francia

e Italia que en la India, a pesar de que en esta última nación el nivel de vida es mucho más bajo; acaso sería preferible incrementar las relaciones comerciales; de ahí la conveniencia de poner en acción el Punto IV, finalidad permanente y no emergente, que debe ser cumplida, aun en el caso de una posible avenencia con Rusia.

La tesis de Taft parece inspirada en un profundo realismo; por ello disiente de la tesis de Roosevelt, el cual interpretaba la guerra de 1941 como desencadenada para imponer sobre el mundo la práctica de las llamadas cuatro libertades básicas; ya el 25 de junio de 1941 decía Taft: para preservar esas libertades expedimos a Rusia aviones, tanques y municiones; pero la U. R. S. S., ¿instalará esas cuatro libertades en Finlandia, en Letonia y en Lituania? ¿Es que alguien, en la inmensidad rusa, oyó hablar de las cuatro libertades? La verdad es que si entramos en guerra en 1941 —agrega Taft— fué para defender la seguridad norteamericana, seriamente amenazada en Pearl Harbour. Según una doctrina bastante extendida —habla Taft—, entramos ahora en una centuria norteamericana, a lo largo de la cual los Estados Unidos encarnarán la *leadership* moral; mas los que así piensan lo que se proponen es lograr la universalización del llamado *New Deal* o política de ideas planificadas, frente a cuya tesis Taft reitera su versión de que los Estados Unidos han de pensar tan sólo en defender su propia libertad. El programa de ayuda al mundo libre se basa en la consideración de que Rusia representa una amenaza para la seguridad de los Estados Unidos. Hoy a Rusia le es dable realizar lo que Hitler no podía llevar a cabo; Rusia combina su poder militar y aéreo con su fanática devoción al comunismo, no distinta de la que inspiraba a los musulmanes cuando éstos atacaran a Europa; ese espíritu ruso de cruzada posibilita la adición de quintas columnas comunistas al posible ataque armado; por ello la ayuda norteamericana ha de supeditarse a la convicción de que los beneficiarios tienen voluntad y medios efectivos para oponerse a la agresión. Así, sería preciso delinear una nueva política exterior norteamericana, no sólo inspirada en la amenaza rusa, sino en la ineficiencia de las Naciones Unidas. Tal política internacional puede enumerarse del siguiente modo: 1, debemos disponer de una fuerza armada, en proporciones no conocidas en otros períodos posbélicos, fortalecimiento que ha de centrarse en el arma aérea; 2, practicar un sistema de alianzas militares para impedir la extensión del comunismo y hacer presente a Rusia que si desencadena una agresión contra naciones cuya independencia nos afecta, se encontrará

en guerra con los Estados Unidos; 5, como medio de impedir igualmente la expansión del comunismo, concertar pactos militares, y para ello controlar el mar y los aires, dominio que convierte en particularmente importante una alianza con Inglaterra. Esas alianzas serán innecesarias en la misma medida en que se acentúe el declinar del poder ruso y el fortalecimiento de la organización internacional para la paz. Por ello la oposición de Taft al Pacto del Atlántico, en cuanto éste implica el establecimiento de efectivos norteamericanos en Europa, destinados eventualmente a intervenir en una guerra terrestre; reservar nuestra libertad de acción norteamericana para actuar en una guerra; tal problema topográfico pende de las condiciones cambiantes de la política internacional; esto es, una política circunstancial adaptada a las condiciones episódicas del actual mundo posbélico. El alto objetivo de la política internacional norteamericana es el lograr la paz y la seguridad para los Estados Unidos, finalidad específica ésta que debe ser tenida muy presente.

Cuando Robert A. Taft reflexaba su pensamiento en la forma que dejamos sintetizado, pensaba seguramente en que acaso el destino lo llevase, tras varias intenciones fallidas, hasta la Casa Blanca. Tal consideración debía necesariamente constituir factor ponderativo en el ensayo esquemático citado, y del mismo cabe deducir, como consecuencias más relevantes, las siguientes: 1, aun cuando Taft gozaba, al parecer, justa fama de ser portador de una impresionante honestidad dialéctica, inclinación que, según alguno de sus intérpretes, constituía su serio *handicap* en el orden político, no podía ignorar Taft que es bien distinta la posición y la responsabilidad de un *leader* opositor, que la específica de quien aspiraba a ocupar la suprema magistratura de los Estados Unidos; 2, ello vedaba a Taft caer en el pintoresquismo de los aislacionistas, tanto de los honestamente obcecados, como de los filibusteros; 3, si el partido republicano, alejado durante treinta años de la Casa Blanca, era al fin reinstalado, precisábase que tal victoria no sólo significase una episódica coyuntura para el nuevo huésped del albo y simbólico edificio, sino que deparase al titular de la reconquistada mansión posibilidades de permanencia e incluso de reelección; 4, ello permitiría superar la marca de la tan decantada política bipartita (lograr la coincidencia de republicanos y demócratas en el común acatamiento a un programa compartido por ambas grandes fracciones políticas norteamericanas); para ello era preciso además lograr la aglutinación de elementos vacilantes y dispares y cuya desafección podía implicar, a largo plazo,

la desecación del partido republicano; 5, considerar que si los Estados Unidos se decidían por la práctica de una *leadership policy* (y no parecía restarles otro recurso), una responsabilidad de tal volumen no podía supeditarse al maniatamiento que implicaría la conclusión de tratados de alianza, entre cuyas cláusulas se malograría la libertad de movimientos de los Estados Unidos en la esfera internacional; en tal sentido —salvando los factores de tiempo y circunstancias— parecían no haber perdido total vigor las advertencias de Jorge Washington, relativas al carácter indeseable de lo que él denominaba *entangling alliances*. Esa conexión a distancia no parecía contraindicada, y más bien diríase que fortalecía la propugnada política internacional republicana.

Pero acaso primando respecto de las anteriores deducciones, se apreciaba, como síntoma alarmante, el achaque de impregnación histórica, padecida visiblemente por Taft, y del cual no está totalmente exento el presidente Eisenhower; ese riesgo de anacronismo es de fácil demostración, si pensamos que a lo largo de la distancia temporal que separa 1796 (fecha del manifiesto de Washington) y 1951 ha corrido mucha agua bajo los puentes del mundo, para considerar que la libertad de movimientos al alcance de Jorge Washington constituya igualmente un instrumento en las manos de Eisenhower. De un lado, el incremento de la proyección internacional vinculada a los Estados Unidos, impide a éstos el optar libremente entre la cooperación y el desistimiento; el Atlántico no es lámina aisladora, como en el período epilodal del siglo XVIII, sino camino que conduce a quien lo controla a verse inexcusablemente implicado en todos los problemas de política internacional de una cierta dimensión. Lo único que se ofrece a los Estados Unidos, como posibilidad, no como elección, es el determinar si pueden actuar solitariamente al recorrer el camino que el destino les señala, o si han de contar con cooperaciones, y si éstas pueden ser efectivas o reticentes y más nominales que eficientes. Igualmente se plantea a Norteamérica una disyuntiva: si es posible extender la cooperación a todas las naciones que viven en el llamado mundo libre, o si esa apetecida integración del mundo extrasoviético tropieza con obstáculos nacidos en su propio seno y determinados, tanto por celos, como por complejos de inferioridad, circunstancia que impediría a los Estados Unidos llevar a la práctica una política internacional que denominaríamos *bloquista*, y les condenaría a practicar el sistema de las alianzas bilaterales, pactadas con aquellos países que ofrecen garantía de clara cooperación. En



principio, parece anteponerse el segundo de los dos sistemas citados, y del cual es ejemplo el tratado de alianza hispano-norteamericano y, acaso, en un próximo porvenir, un pacto de parecida índole concertado por Norteamérica con la Alemania Federal.

5. *El fraude de los sedicentes coadyuvantes. Gran Bretaña y la técnica de los impedimentos (la isla y el continente, el mundo anglosajón y la British Commonwealth). Francia y sus tres obstáculos: temor a la reaparición de la Wehrmacht, rusofilia y colonialismo. Imposibilidad de coincidencia entre los desacordes potenciales.*

Entre los elementos que integran lo que denominaríamos técnica de los impedimentos, aparecen, en primer plano, como factores de dispersión o disensión Gran Bretaña, de un lado, de otro, Francia; ambas, perceptibles obstáculos interpuestos en el camino conducente a una deseable integración europea. A uno y otro de ambos citados factores nos parece oportuno dedicar algunas consideraciones.

Hablemos en primer término de la Gran Bretaña. Pese a que los acontecimientos han repercutido, tanto en lo que atañe a las relaciones entre la isla y el continente, como en lo que concierne a los problemas que se plantean en el seno de la Comunidad de Naciones Británicas, y, acaso, como consecuencia de tales mutaciones, es lo cierto que Inglaterra atraviesa por una crisis de desorientación, no menos grave que la sufrida por los Estados Unidos. De tal perplejidad británica se nos ofrecen reiteradas y tangibles pruebas; todo ello puede sintetizarse en las siguientes palabras: Inglaterra, ni se decide a consumir su inscripción en la comunidad defensiva europea, ni acepta una colaboración singular con los Estados Unidos, ya que estos últimos no pueden admitirla en su actual versión británica; tampoco opta por establecer, como norma principal y preponderante, una estrecha colaboración con su Commonwealth, que, como veremos más adelante, a impulso de mutaciones operadas en la dinámica política internacional, resulta difícilmente practicable. Cada una de las tres precedentes afirmaciones constituye un mero supuesto, y para rebasar la condición de tal precisa completarse por medio de un esfuerzo demostrativo.

Sorprende que Inglaterra se resista a figurar, a título permanente, en el dispositivo defensivo del mundo occidental europeo, y nuestra extrañeza

la apoyamos en el carácter aleccionador de experiencias británicas, practicadas por Inglaterra, sin discontinuidad, desde los tiempos de Enrique VIII. A lo largo de cuatro siglos, la política internacional británica se inspiró en motivos aparentemente episódicos, ya que en el circunstancialismo encontró Gran Bretaña el excipiente de su política internacional. Fué una norma de inspiración sistemáticamente insular, considerando que la isla peligraría en el instante mismo en que el continente europeo registrase la aparición de una hegemonía, instalada con determinadas probabilidades de permanencia: de ahí la adscripción británica a la política de equilibrio; pero aun cuando cobijada bajo ese pretexto, en realidad Inglaterra lo que hacía era conservar su hegemonía, por lo menos en el aspecto decisivo de la política internacional de la tierra firme europea. Hoy, el desequilibrio momentáneamente instalado en alarmante cuantía en beneficio de la U. R. S. S., se nos muestra con más claros signos de gravedad que en los tiempos de Carlos I, de Luis XIV y de Napoleón Bonaparte, y si Inglaterra no dudó en volcar todo el peso de su beligerancia en los tres trances históricos referidos, no parece fácilmente comprensible el por qué hoy Inglaterra se obstina en galvanizar su marginalismo respecto a la comunidad defensiva europea. Acaso existe una posibilidad aclaratoria, y de ella haremos mención oportunamente.

Ya el solo marginalismo británico (sólo atenuado por propuestas salpicadas de distingos) es de por sí elemento de confusión; pero aún resulta más acentuada su proyección, si pensamos que en esa condicionada inclinación inhibitoria británica encuentran apoyo dialéctico los que en Francia integran el influyente sector de opinión, mitad neutralista y mitad cripto-comunista. Para Francia, de dos peligros, uno palpable e inmediato y otro supuesto y remoto, debe anteponerse el segundo al primero y, cuando la Europa occidental considera que en su integración encontrará la única garantía frente al evidente peligro ruso, Francia arguye e invoca como argumento, el de que el riesgo no está más allá del Elba, sino en una temida resurrección de la Wehrmacht alemana. Por lo menos esa es la alegación de los que denominaríamos franceses antieuropeos, químicamente puros. Lo preocupante es que el argumento es aprovechado por los neutralistas aparentemente cautos, para los cuales Francia tiene inevitablemente que propugnar una de estas dos soluciones: o que Inglaterra ingrese en el dispositivo de la comunidad defensiva europea, o que se llegue a un acuerdo con Rusia, rehuyendo de ese modo el trance, que tanto amilana a los fran-

ceses, del rearme alemán. Es así como Francia trata de explotar el ademán insularista británico, sabedora de que Inglaterra no parece inclinada a ingresar en la comunidad defensiva europea y esa resistencia ánglica, por exclusión, sitúa en primer plano la política de un entendimiento con Rusia, política que, en definitiva, es la que ha practicado, primero con los zares en 1895 y después con Stalin en 1944. Así, la política internacional británica es portadora de un doble impedimento: el de su inhibición y el de servir de pretexto a la resistencia que opone Francia frente al movimiento de integración europea.

En lo que concierne al segundo factor de la política internacional británica, es adecuado recordar cómo Churchill, con simbólica reiteración, aludía a la posibilidad de mantener la paz en el mundo si la gran familia de habla inglesa marchaba de acuerdo. Su tesis, iniciada en el famoso discurso de Fulton, fué después renovada en sucesivas coyunturas. Ahora bien, de la propia interpretación de Churchill se deducía que si la política de los países, idiomáticamente ingleses, no había sido eficiente, como elemento primordial de la política internacional universal, ello se debía a que no existía acuerdo en el modo de enjuiciar determinados problemas, Inglaterra de un lado y Norteamérica de otro; la disparidad, no por encubierta menos evidente, podía vincularse, entre otros extremos, al divergente modo de interpretar el problema asiático, respecto del cual Norteamérica mantiene una invariable posición, claramente hostil al reconocimiento del Gobierno comunista e inclinada a no romper su contacto con el régimen nacionalista de Taipéi, régimen formosiano cuyo destino está marcado por el sello de la incertidumbre. En contraste, Inglaterra no sólo ha reconocido el régimen de Mao, sino que a caballo de un sedicente realismo, Albión prende muchas esperanzas en la posible reanudación e incluso robustecimiento de su intercambio comercial con la China comunista. Esta inclinación había de fortalecerse a partir del día en que Churchill, nuevamente en el poder y tornando en cierto modo la espalda a lo aseverado en Fulton, sugirió la reunión de una Conferencia cuatripartita a celebrar en las Bermudas, en el curso de la cual esperaba alcanzar un acuerdo básico con la U. R. S. S. Hasta el presente nadie logró desentrañar debidamente cuál era el designio que animaba a Churchill, ya que parece innegable que la primera planeada, más tarde diferida, posteriormente celebrada y, en definitiva, ineficiente reunión de Bermudas, en realidad se interponía como un claro obstáculo en el camino conducente a una posible integración europea.

y, en el mejor de los casos, difería el movimiento reagregatorio del viejo mundo, facilitando armas polémicas a los neutralistas franceses, que así lograban aplazar el problema de la ratificación del tratado de 27 de mayo de 1952. En ese sentido, nos parece indudable que Churchill facilitó el diferimiento de la integración europea, ya que la Conferencia cuatripartita de Berlín, reunida cuando redactamos estos comentarios, no se explica sino como una derivación del movimiento *bermudiano* de Churchill.

De lo anterior parece deducirse que Inglaterra, a través de las versiones de Churchill, ni se decide a participar activamente en las tareas conducentes a la integración de la Europa occidental, ni a lograr su alineación en el frente polémico norteamericano. Restaba otra posibilidad, a la cual nos referimos seguidamente: el que Inglaterra convirtiese en eje de su política internacional el de un posible fortalecimiento de la Comunidad de Naciones Británicas.

W. Churchill es un devoto animador de la *British Commonwealth of Nations*. Esta interesante y aleccionadora experiencia, inspirada en la práctica de un federalismo de alcance internacional (acaso el primero que en semejante medida recuerda la Historia), cuenta en Inglaterra con un indudable ambiente popular y constituye factor no desdeñable como ejemplo de integración internacional, sin el acicate de la contigüidad, que tanto debía favorecer el movimiento de integración europea. La *British Commonwealth of Nations*, pese a su coherencia, basada en la acción de voluntades concordadas, no está libre de los efectos de esta crisis de alcance ecuménico que estamos viviendo. Unos Dominios (ejemplo, la Unión Sudafricana) están atravesando un proceso de evolución política, a lo largo del cual se apuntan inclinaciones secesionistas, respecto de la *Commonwealth*: tal secesión, caso de consumarse, se operaría de modo incruento y a través de cauces constitucionales, ya que el Estatuto de Westminster reconoce el derecho de secesión a cada uno de los Dominios, de los cuales se dice que están "libremente asociados". En contraste, otros Dominios registran los efectos no de una evolución política, sino que actúan a impulsos de inesquivables factores geopolíticos; tal es el caso de la alianza conocida por la ANZUS (Australia, Nueva Zelanda, United States), pacto requerido por las modificaciones que en la vinculación de la suma de poder ha introducido la guerra de 1941-1945, especialmente en lo que al Pacífico atañe. Aparte las citadas consideraciones, que vinculan la seguridad de Australia y de Nueva Zelanda a la talasocracia norteamericana, debe tenerse presente el como de un regiona-

lismo en el Pacífico, especialmente en el Sudeste asiático, patrocinado por Ceilán, y que puede dar nacimiento a un pacto signado por siete Estados, y del cual sería excluida Inglaterra, como lo fuera ya anteriormente del ANZUS. A lo aducido sería preciso agregar los efectos de la marea anti-colonialista, que tanto ha subido en los últimos años de la postguerra y que de modo tan acusado afecta al porvenir de Inglaterra.

Cuenta igualmente en lo que puede ser trayectoria de la política internacional norteamericana el factor francés. Considera Norteamérica que la integración europea no puede ser realidad sin la efectiva participación de Francia, llevada a cabo sin reservas ni segundas intenciones. Los Estados Unidos creen que el valor de la aportación francesa radica, más que en su proyección intrínseca, en que pondría fin a la rivalidad franco alemana, causa explicativa de tres contiendas (1870, 1914 y 1939). Si Europa lograra reemplazar la interrogante franco-alemana por una colaboración decidida, el viejo mundo habría avanzado visiblemente en el camino que puede conducirle a la instalación de su estabilidad; pero si Francia, como es de temer, se decide por su actual antieuropeísmo, Norteamérica no podría presenciar indefinidamente impasible esa supuesta defección francesa y debería pensar en la conveniencia de erigir a Alemania en piedra angular del mundo libre europeo.

Tres consideraciones concurren en el sentido de inclinar a Francia a no ratificar el tratado de 27 de mayo de 1952; son las siguientes: 1, temor a una reaparición de la Wehrmacht; 2, rusofilia, inclinación que cuenta con raíces tradicionales en Francia; 3, temor a las repercusiones que respecto del imperio colonial francés pueda implicar la aprobación del tratado de 27 de mayo de 1952. Prestemos escueta atención a cada uno de los tres extremos citados.

En realidad, los dos primeros extremos forman parte integrante de una misma inquietud. Francia, en ocasiones, ha buscado alianzas para precaverse frente a una Alemania triunfante, y en otras coyunturas, temiendo que Alemania, aun derrotada, alcanzase un rápido restablecimiento; por ello ha solicitado Francia, vanamente, en 1919 la conclusión de un acuerdo de garantía, respaldado por los Estados Unidos e Inglaterra; esa constante preocupación y ese temor a una Alemania restablecida la indujo a signar con Rusia el tratado de Moscú de 10 de diciembre de 1944, inclinación rusófila que parece fortalecerse, si se recuerda la signatura de la convención militar franco-rusa de 5 de agosto de 1892. Cabe, por tanto, deducir que,

por lo menos después de 1890, Francia ha buscado en Rusia lo que se estimaba compensación a un aislamiento, que para algunos equivalía a indefensión e inclusión para compensar su posición vacilante en el período de su rivalidad secular, colonial, con Inglaterra, epilogada en la capitulación de Fashoda (1890). Se percibe, por tanto, una inclinación rusófila por parte de Francia, y cuantos se extrañan de que hoy un país democrático muestre tal preferencia respecto de un régimen dictatorial, deben recordar que no menos distancia existía entre el régimen político de la III República y el sistema autocrático de la Rusia zarista. Otro elemento merece no ser desdeñado: el incremento registrado en el número de afiliados al partido comunista francés, que así se convierte en un nuevo agente de rusofilia, coincidente con el sector francés, opuesto a la inclusión de la Alemania federal en el dispositivo defensivo de la Europa occidental, y que padece lo que en Francia se denomina "le cauchemar de la Wehrmacht".

Desempeña un papel igualmente perceptible, como elemento nutricional del neutralismo francés o rusofilia, el problema colonial. Francia extendió su acción ultramarina en proporciones tales, que le deparó la posesión del segundo de los imperios coloniales aún vigentes. Pero esa tarea de expansión no constituía más que el punto de arranque de una ingente empresa; se imponía asimilar lo conquistado, finalidad que no parece destinada a alcanzar su realización, en un país centralista y unitario y carente, por tanto, del genio federal, preciso para organizar unas colonias y para encauzar unos protectorados, y que por padecer déficit demográfico sólo puede exportar al mundo extrametropolitano una burocracia, cuya presencia y preeminencia provoca la acentuación del resentimiento y del complejo de inferioridad en los pueblos coloniales. Todo lo cual explica que la denominada Unión Francesa, no liberada de resabios colonialistas, resulte ser una caricatura de la *British Commonwealth of Nations*; de ahí que Francia no haya encontrado hasta el presente procedimiento para atenuar el proceso de descomposición, hoy viviente, en el imperio colonial francés, y como no hay peor compañía que la del temor a lo que se considera inevitable, Francia utiliza, a guisa de pretexto, su posición como potencia colonialista, alegando que sus crecientes complicaciones ultramarinas no han sido tenidas en cuenta al redactar el tratado de 27 de mayo de 1952, y dando a entender que es preciso desconectar totalmente al mundo colonial francés de la Comunidad europea de Defensa; por ello Francia se opone a que este complemento biológico de una Europa integrada pueda servir para que Italia y Alemania

sitúen en ese imperio una parte de su excedente de población, donde además la Europa integrada encontraría un mercado consumidor y proveedor a la vez.

No olvidemos que en los sectores franceses opuestos a la integración europea figura un no desdeñable núcleo de los que pudiéramos denominar capitulantes; a la cabeza de los mismos, Daladier, lamentables autores en la rendición de Munich y que aun creen en la efectividad de la política de las complacencias —un día patrocinada por Roosevelt y después francamente desdeñada—, y que ahora se quiere ensayar con Rusia, inclinación que reputamos como el auténtico suicidio del mundo libre.

Hemos intentado interpretar, del modo más objetivo posible, lo que se denomina la experiencia francesa de este período posbélico. Ahora, que el lector de estos "Cuadernos" recapitule lo que dejamos consignado, respecto de Inglaterra y de Francia, y acaso convenga con nosotros en deducir que en las Bermudas no podían ser eliminados esos obstáculos, y que tal reunión, de inspiración senil, carecía en absoluto de significación, si se exceptúa a Francia, para la cual ese entreacto le permitía diferir, una vez más, la votación, por parte de la Asamblea Nacional, del tratado de 27 de mayo de 1952.

4. *Europa, distante y perpleja. La reacción postbermudiana de Eisenhower y sus afirmaciones básicas. Mundo periférico, frente a mundo monolítico. El activismo de Foster Dulles y la política de penetración. De la contención demócrata al dinamismo de Eisenhower. Represalias y mal de periferia. Se instala la "leadership" norteamericana.*

Los Estados Unidos no podían tornar la espalda a estos antecedentes, ni ignorar lo que ellos representaban, por lo cual desde Washington se consideraba que en las Bermudas —reunión más dilatoria que decisoria— nada podía ser acordado que apartase a los Estados Unidos de su trayectoria internacional. Así resulta más comprensible la posición norteamericana que denominaríamos *postbermudiana*, reflejada en los discursos y declaraciones, tanto de Eisenhower como de Foster Dulles, a cuyo análisis y valoración dedicamos la parte epilógica de este trabajo.

Suponiendo que un día, lo que ha de ser historia, calificara la Conferencia de las Bermudas como la reunión del vacío, la historia habría elegido

un apelativo adecuado, si pensamos que en tales coloquios no podría lograrse la conversión de lo indeseable en deseable. A las Bermudas, no lo olvidemos, concurren tres Estados, ninguno de los cuales se alinea efectivamente en la Comunidad Europea de Defensa; ni Norteamérica ni Gran Bretaña son signatarios del Tratado de 27 de mayo de 1952; Francia, si bien lo firmó, no lleva trazas de ratificarlo; de ahí que Bidault y Laniel acudieran a las Bermudas como delegados de un Gobierno parlamentario, sin coherente mayoría en la Asamblea Nacional, ya que el voto de confianza, alcanzado *in extremis*, por los términos imprecisos en que fuera redactado, a nada comprometía a los que lo habían aprobado. Quedaba, por tanto, al margen de las Bermudas, una Europa occidental alejada y perpleja, preguntándose en vano cuál pudiera ser la causa explicativa de esa reunión atlántica. La misma interrogante debían formularse los Estados Unidos, y sólo podían inducir que las Bermudas constitúan un mero paréntesis ideado por los que no quieren tomar una posición definitiva; que tras esa reunión sería preciso hilyanar de nuevo la historia. Esto aparte, ni Francia ni Inglaterra, por las consideraciones precedentes, pueden ofrecer a los Estados Unidos garantías para la práctica de una política internacional tripartita. Todo lo cual fué claramente percibido por el presidente Eisenhower, como lo va a evidenciar su reacción dialéctica postbermudiana, reflejada en el Mensaje sobre el estado de la Unión, leído ante el Congreso el 7 de enero de 1954.

Eisenhower nos depara una sorpresa al calificar lo que para la política internacional norteamericana ha significado el año de 1953, primer año de mandato presidencial republicano; el cambio operado ha consistido en conquistar la iniciativa, "valioso intangible", según la expresión de Eisenhower. Segunda afirmación impresionante: pese a que sustancialmente no se ha alterado la proporción existente entre el número de divisiones soviéticas y las del mundo libre, no vacila Eisenhower en afirmar que la superioridad militar se vincula ahora al mundo libre. ¿En qué consiste el alto valor que implica el rescate de la iniciativa? "Nuestra política, no limitada a la simple reacción contra las crisis provocadas por los demás, es libre de desenvolverse a lo largo de las líneas escogidas por nosotros, no sólo en el extranjero, sino también en nuestra casa." Confesamos no haber captado, en lo que pudiera ser su exacta significación, las palabras entrecomilladas; la iniciativa requiere practicar una política "no limitada a la simple reacción contra las crisis siempre un complemento *sine qua non*: retener en nuestras manos la capacidad de ofensiva; sólo así puede soslayarse el peligro a que alude Eisenhower:



provocadas por los demás”, y para nosotros la política internacional norteamericana no sólo sigue siendo reactiva, sino que acentuó tal condición, y si esto es así, en la misma proporción se escapa la posibilidad de iniciativa del control norteamericano. Ello se induce de las propias palabras de Eisenhower: “hacer frente a cualquier reanudación de agresión armada en Corea, continuación de la ayuda material para acelerar la victoriosa conclusión de la guerra en Indochina”. Nadie duda que a la iniciativa rusa se debe la instalación de los abcesos de fijación indochino, coreano y malasio, de lo cual resulta que el propósito de hacer frente a las tres citadas situaciones implica un reconocimiento de que la iniciativa sigue estando en manos de Rusia.

Acaso sin percibirlo, en otra parte de su Mensaje, Eisenhower reconoce claramente que la iniciativa sigue estando en manos de Rusia, cuando alude a la capacidad masiva para contratacar. “Nuestras reservas estratégicas—añade Eisenhower—deben estar colocadas centralmente y poder desplegarse rápidamente para hacer frente a la agresión súbita contra nosotros o nuestros aliados.” Ello da a entender que la técnica de la política internacional norteamericana delineada por Eisenhower situaría al mundo libre en una posición de emergencia y expectación. Acaso se objete diciendo que toda política internacional —especialmente en períodos de reajuste postbélico— lleva siempre implícito un riesgo y, por tanto, una indeterminación respecto del futuro, y ésta y aquél están vinculados a la posibilidad de una nueva agresión desencadenada por Rusia. La innovación, sin embargo, existe, y una versión de la misma nos ha sido brindada por Foster Dulles en el discurso pronunciado el 12 de enero último ante el Consejo de Relaciones Exteriores. Dulles renueva ahora lo que ya propugnara en un histórico artículo publicado en *Life* el 19 de mayo de 1952, cuando aún regía los destinos de los Estados Unidos la Administración democrata; el artículo se titulaba “Por una política de audacia”; en dicho trabajo Dulles parece alinearse en el frente polémico del sistema denominado *roll-back policy*, delineado anteriormente por James Burnham en su obra *The Coming Defeat of Communism* (The John Day Company, Inc. New York, 1950). (Véase especialmente el Capítulo II, “The inadequacy of U. S. Foreign Policy”.) Ello quiere significar que si Rusia reincidiese en sus agresiones, bien directamente, ya através de una de sus marionetas asiáticas o europeas, Dulles propugnaría la puesta en práctica de su advertencia a los comunistas chinos: que la renovación de la aventura agresiva coreana o una abierta

intervención en la guerra de Indochina podría implicar consecuencias que posiblemente no se limitarían a los teatros de Corea e Indochina: por el contrario, la acción en represalias de los aviones norteamericanos se extendería hasta el corazón de Asia: allí Rusia es mucho más vulnerable de lo que a primera vista puede sospecharse: ello se evidenció a lo largo de la guerra ruso-japonesa: si unas líneas de abastecimientos se prolongan en la dimensión del ferrocarril transiberiano, la sección de ese cordón umbilical sería fatal para Rusia, expuesta siempre a padecer las consecuencias determinadas por el alejamiento de su zona periférica. Esto aparte, un poder tan innegablemente autocrático y tan férreamente centralizado como lo es el ruso, acusaría indefectible y mortalmente el golpe portado a su sistema de comunicaciones. Esta tesis, meramente personal, cuando fué expuesta por Foster Dulles en 1952, adquirió después caracteres de oficialidad, al desempeñar Dulles la Secretaría de Estado y al ser refrendada y fortalecida por el respaldo de Eisenhower, cuando el presidente, en su Mensaje de 7 de enero, y cuya glosa nos ocupa, decía: "Pero nosotros y nuestros aliados mantendremos una capacidad *masiva* para contraatacar. Nuestras reservas estratégicas deben estar colocadas centralmente para hacer frente a la acción súbita contra nosotros o nuestros aliados."

Así resulta que tanto Foster Dulles como Eisenhower parecen adscribirse a la tesis de Mac Arthur, cuando éste, tras el desembarco en Inchón, anunció no estar dispuesto a respetar el llamado santuario manchuriano, llevando su acción, probablemente aérea, no sólo al dispositivo hidroeléctrico de Manchuria, sino al propio corazón de China. La reactualización de la denominada técnica mac-arthuriana nos induce a formular una auto-cita: Véase nuestro artículo "Polémica en torno al ocaso de un prócónsul" —Cuaderno núm. 6 de *Política internacional*, junio, 1951, páginas 9 a 55—. (Sin pretender sentar plaza de profeta, ello no impide señalar al lector de estas páginas que muchas de nuestras interpretaciones de entonces han encontrado ahora pleno respaldo.)

En suma, Eisenhower lo que intenta es perfilar la política internacional norteamericana, propia y específica de una poderosa talasocracia, como lo es actualmente Norteamérica, y sus concepciones en este sentido han sido visiblemente influídas por el parecer del vicepresidente Nixon, después del viaje realizado por éste a Extremo Oriente. Lo que ha traído en sus maletas Nixon, tras su dilatado desplazamiento, ha sido una nueva

y acaso más acertada versión del papel asignable a una talasocracia. Hasta el presente la interpretación norteamericana pecaba por su exagerada inclinación hacia lo estático y parapético: era la traducción ofrecida por Truman y Acheson, realizada en términos acentuadamente elementales. Se decía: frente a frente se encuentran situadas una geocracia y una talasocracia: aquélla dispone de una inapreciable ventaja: libertad de movimientos en toda la inmensidad de sus líneas interiores que, como tales, no conocen interferencias; ello le permitía además orientar su empuje y acentuar su presión en puntos neurálgicos, previa y cuidadosamente elegidos; así, alternativa y sucesivamente en Corea, en Indochina, en Malasia, en Irán, en Turquía, en las fronteras de Tailandia. Pero no se tenía en cuenta que esa táctica rusa no podía ser elevada a la condición de artilugio permanente; lo que se perseguía no era otra cosa que encontrar ocasionalmente el lugar adecuado para proyectar la presión del monolito ruso. Es ante esa versión como se generó en Norteamérica la técnica de la llamada estrategia periférica, en su época inicial reflejada en la denominada política de contención: impedir que Rusia ampliase aún más la zona territorial o donde extender su sistema satelista. En esencia, tal sistema de taponamiento, siempre realizado a iniciativa de la presión soviética, favorecía a Rusia, a la cual los periféricos reconocían indirectamente la intangibilidad de un estado de hecho, que Rusia construyera en el período epilodal de la guerra y en los años subsiguientes a 1945, tarea que le permitió ampliar, en medida preocupante, el radio de acción de su implacable poder político. No sólo en el sentido apuntado favorecía a Rusia el sistema de la estrategia periférica en su primitiva versión, sino en su significado indirecto. Véase por qué.

En ciertos sectores de la Europa occidental se consideraba que Norteamérica, al erigirse en portavoz de la estrategia periférica, hacía recular su frente de posible batalla e instalaba sus núcleos de resistencia alejados del corazón europeo; de ahí que, lógica e inevitablemente, a impulsos de su propia concepción periférica, incluso pensase en evacuar sus tropas de ocupación en el corazón de Europa, con lo cual hacía su aparición la tesis —cuyo solo enunciado ponía espanto en el alma de algunos europeos—, y a cuyo tenor se descontaba el desenlace de un avance incontenible y arrollador de Rusia, seguido de ocupación militar; a la Europa, sobre la

cual se cernía esa terrible amenaza, sólo se le ofrecía, como imprecisa e inquietante compensación, la promesa de una posible liberación.

De ese modo, Europa occidental y Norteamérica, cada una de ellas a impulsos de su respectiva construcción, desenlazaban en conclusiones distintas, y todo parecía dificultar la posible integración de dos mundos situados en una y otra orilla del Atlántico. Los Estados Unidos se decidieron no sólo a lograr la articulación de esa estrategia periférica, sino a fortalecerla; así nacieron los pactos con España. Subsistía el Pacto Atlántico; pero la política defensiva de tipo genérico y convencional que dicho tratado implica era primero complementada y quién sabe si más tarde sustituida por el sistema de los acuerdos bilaterales, concretos y de fácil realización.

Lo cierto es que los Estados Unidos parecen decididos a reconocer cual es su posición como potencia que domina los caminos del mar y el espacio aéreo; desde ese centro nuclear norteamericano se proyectan 150 bases estratégicas, no reducidas a éste o al otro sector del mundo, sino instaladas con ambiciones de acción globalista. Se realizaría esa misión, con base en el empleo de armas nucleares, que supondría un visible ahorro de soldados y de gastos. Ello sería perfectamente soportable para los Estados Unidos y, al propio tiempo, Norteamérica no tendría por qué vivir en la incómoda situación de quien se siente inquieto ante la duda que en su ánimo genera la voluntad defensiva de unos sedicentes aliados, que parecen serlo sólo nominalmente y que saben oponer reparos, cuando se les insta a convertirse en elementos básicos de la integración europea.

Note el lector que la nueva concepción defensiva norteamericana, constituía una realidad, mucho antes de que se reuniese la conferencia tripartita de las Bermudas y sigue siendo una evidencia, acaso más justificable, después de conocido el resultado de las deliberaciones bermudianas.

He ahí cómo está planteado actualmente el problema: ¿quién logrará prolongar más efectivamente su respectiva posición, los Estados Unidos, cuya carga económica engendrada por la ayuda prestada a sus aliados, parece en vísperas de ser podada, o Rusia, aquejada a la vez por un doble achaque, representado conjuntamente por el proceso político abierto al desaparecer Stalin y por el mal de periferia, que se agrava, a medida que el tiempo se prolonga? Acaso la mejor respuesta a la precedente interrogante, consistiría en decir que desde 1945, nunca al tiempo trabajó tan

visiblemente en favor de los Estados Unidos, como en esta etapa que coincide con la instalación de Eisenhower como huésped de la Casa Blanca.

Norteamérica intenta ahora hermanar su protagonismo, inevitable, con el trazado de una línea directriz en política internacional. Tal conjunción espera alcanzarla, consagrándose a la puesta en práctica de un sistema estratégico periférico, más bien fortalecido y justificado que desactualizado, por los diálogos mantenidos, primero en las Bermudas y posteriormente en Berlín.

CAMILO BARCIA TRELLES.

